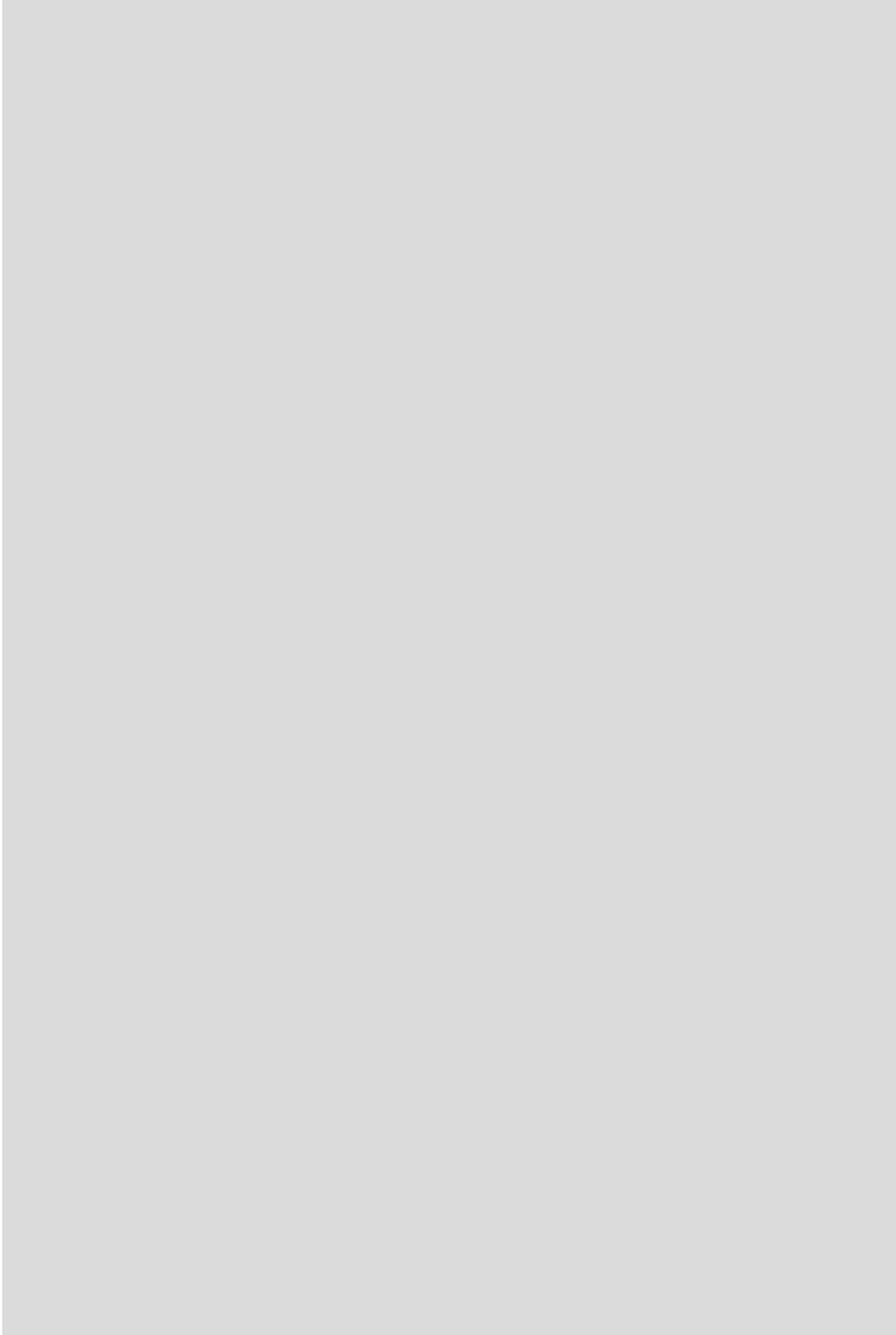


ANIVERSARIO

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

EL ANIVERSARIO

“¿Otra?”, le preguntó él con la botella en la mano. “Por supuesto”, dijo ella con una sonrisa mientras le acercaba la copa. Metidos en el agua templada y burbujeante del jacuzzi, que a ella le provocaba un agradable cosquilleo por todo el cuerpo, bebían morosamente cava muy frío, otras burbujas que a ella le cosquilleaban el paladar. Acababan de hacerlo dentro del jacuzzi que tenía la habitación, y ahora, en una laxitud que bordeaba la somnolencia, iban bebiendo el espumoso, cortesía del establecimiento. En unas horas bajarían a cenar en el restaurante del hotel, al que habían premiado recientemente con la primera estrella Michelin por una apuesta gastronómica, decían, que aunaba cocina tradicional e innovación. Habían llegado a mediodía del sábado al complejo de spa, hotel de postín y bodega (remodelada por un célebre arquitecto) que se levantaba en medio de extensos viñedos. Antes de la comida habían recorrido con un guía las instalaciones de la bodega y habían participado en una cata de vino.

A ella le había resultado placentero que su marido la follara dentro del agua, y aunque al final ella no había alcanzado el orgasmo, no le importó. En cualquier caso, había valido la pena. Luego intentó recordar, sin conseguirlo, la última vez que habían hecho algo así. En pleno otoño, aquella escapada tenía un único motivo: celebrar su vigésimo aniversario. Ella pensó con satisfacción que podía considerarlo un pequeño triunfo, para los tiempos que corrían. Dos décadas juntos, dos hijos. La niña catorce años; el pequeño once. Los habían dejado todo el fin de semana con los padres de ella.

Cuando su marido salió del jacuzzi para ir al baño, ella se congratuló al contemplarle de seguir con un hombre tan atractivo, con tan buena facha. Un marido noble y leal, un padre maduro y espléndido al que continuaba queriendo (no iba a añadir esa estupidez de *como el primer día*) y, lo que era más importante, por quien siempre se había sentido querida. Volvió a pensar con satisfacción que podía considerarlo un pequeño triunfo.

A solas en el jacuzzi, ella se examinó con sus dedos arrugados: sopesó los pechos aún firmes, una suerte que no hubieran sido nunca muy voluminosos, y repasó el contorno de las areolas, de los gruesos pezones, y la cintura y las caderas con unos pocos centímetros de más, y las nalgas flojas que seguían más o menos en su sitio, y concluyó que había mejorado sus imperfecciones en los últimos años, sí, que muy cerca de los cincuenta ella tampoco estaba nada mal.

Poco después fue a reunirse con su marido, que descansaba tirado sobre la cama gigante embutido en el blanco albornoz de felpa del hotel. Ni

siquiera había retirado la colcha, y con el mando a distancia buscaba en la televisión un canal que emitiese el partido de fútbol de las seis. Ella se envolvió en otro albornoz y acabó quedándose traspuesta, abrazada a él, con la cabeza reposando en su pecho.

La cena fue inmejorable. Dieron buena cuenta de una sucesión de platos a cual más exquisito y compartieron el colofón de un sublime postre de chocolate en distintas texturas. Brindaron con los últimos sorbos de la botella de vino mientras aguardaban que les trajesen los cafés. *Por otros veinte años de bienestar.* Porque su marido no creía en la felicidad, creía en el bienestar. *Eso de la felicidad es un invento para papanatas de algunas editoriales. El bienestar te llevará indefectiblemente a la felicidad,* sostenía. En cuanto el camarero se hubo marchado tras dejar los cafés en la mesa, su marido dijo:

Llevo dándole vueltas a algo hace mucho... No sé, me gustaría... Creo que mereces saberlo. Me parece lo más justo.

¿Qué pasa? ¿De qué me estás hablando?

Hace ocho años tuve un lío sexual con aquella vecina de nuestro bloque, la que estuvo viviendo en el sexto.

Pasaron los segundos. Los necesarios para que su mujer dijera, presa del estupor:

Es una broma. Dime que se trata de una de tus bromas.

Serio el semblante, su marido negó con la cabeza. Reiteradamente.

Ella apartó los codos de la mesa y se echó hacia atrás en la silla. Pareció acusar la negativa de su marido como un golpe bajo e hizo una mueca. Luego giró la cabeza a su izquierda, se quedó absorta mirando el bello jardín iluminado que se vislumbraba por una de las paredes de cristal. Bajo ningún concepto deseaba echarse a llorar, ni levantarse de la mesa, ni montar una escena. No quería la más mínima concesión al exhibicionismo para los otros comensales que se sentaban a su alrededor (parejas de mediana edad como ellos). El pudor o el orgullo se lo impidieron.

Su marido había tenido una aventura con esa vecina del sexto (si no recordaba mal, una cuarentona divorciada más llamativa que guapa, algo metida en carnes, de tetas grandes, melena negra y rizada). Lo peor para ella fue constatar después de tanto tiempo algo que sólo llegó al difuso terreno de la sospecha. Un recelo que en su día se volvió desazón pues en gran medida fue ella quien procuró esa falla en su matrimonio. Lo podía achacar a su errónea percepción de la realidad. Quizá porque ella pertenecía a ese grupo de personas que siempre acostumbran a ver las

cosas como les gustaría que fuesen y no como realmente son. Ese grupo de personas que se miente un poco más que los demás, como acostumbraba a decirle su marido.

Al cabo, ella tomó aire y lo expelió lentamente. A merced del desconcierto, le dijo:

Bueno, y me piensas contar cómo, por qué...

Porque surgió la oportunidad. No fue algo que estuviera buscando. Una de las veces que volvíamos juntos del gimnasio donde solíamos coincidir subíamos en el ascensor y me invitó a pasar a su casa (en realidad le invitó a ducharse con ella). Me propuso algo que necesitaba, me lo propuso en el momento preciso... Da igual cuándo y dónde te entre el hambre, ¿recuerdas?, lo importante es que vayas a comer a casa. Pero es que en casa en aquel tiempo no se servía nada. Y lo que te estaba pasando no te afectaba sólo a ti; nos afectaba a los dos. Dejaste de ser mi amante para ser únicamente mi compañera.

Una de las pocas veces que hablaron de ese asunto de forma relajada y hasta jocosa, ella le llegó a decir: *Si supieras cómo te follo en mis fantasías. No te puedes hacer una idea. ¿Y por qué no lo haces? ¿Cuál es el problema?*, le había dicho él, *¿Que ya no te pongo?* Esa era la desgracia. Como amante su marido era alguien imaginativo, generoso, paciente, apasionado y de inmediata disposición. Cualidades todas que sabía combinar a las mil maravillas. Hasta la llegada de su hija, el sexo había sido excelente. ¿Qué había fallado entonces?... Ella lo tenía claro. El cansancio era el culpable. Se había colado en la alcoba, en su vida entera, el cansancio. Estaba siempre tan cansada. El tute que se pegaba a diario era considerable: la oficina (menudo eufemismo lo de la jornada reducida), la casa, las idas y venidas con los hijos, el trasiego con sus actividades extraescolares y con sus enfermedades, y aunque su marido jamás se había escaqueado y se había implicado en todas las tareas familiares y domiciliarias, hubo periodos a causa de su trabajo en que eran muy pocas las horas que había estado ahí, arrimando el hombro. También había noches en que se metían en faena, claro, pero la colaboración de ella era nula, apenas un cuerpo inerte, un simple agujero del que él hacía uso con desidia, maquinalmente, en un acto de pura gimnasia. Ella reconocía que le faltaba todo lo necesario para que pudiera salir bien: voluntad, concentración, vigor. Y la cosa vino a empeorar desde la noche de aquel sábado en que su primogénita, con cuatro añitos, les pilló in fraganti encima de la cama, follando al estilo perro. Su hija se frotaba los ojos, sollozaba, soñolienta aún bajo los efectos de una pesadilla, cuando abrió por completo la puerta entornada. Y les vio. Les vio, pese al disimulo inmediato. Aquello terminó por ser un estupendo inhibidor para su ya de por sí exhausta libido. Y mientras su marido se consideraba desatendido en un aspecto muy importante para él, casi capital (*No sé cuántos pensamientos sexuales tendrán los hombres de*

media a diario, pero te garantizo que yo tengo algunos más. Todos los días. Es algo que te ayuda a mantener el deseo, no lo dudas, aseguraba), ella pasó a la vulgar táctica del avestruz, y apenas si sacaba el tema a colación, con la vana confianza de que si no lo mencionaba se pudiera resolver por sí solo. Su marido ahí llevaba razón: el segundo hijo había supuesto un escollo en su vida marital durante aquellos primeros años. Y era ella quien lo había querido, quien había insistido. Por su marido se hubieran plantado en Jimena.

¿Con qué frecuencia quedabais?

Solía ser una vez a la semana. Normalmente un lunes o un martes. Aprovechábamos casi siempre el regreso del gimnasio. Durante los meses siguientes salíamos un poco antes y esos veinte minutos o media hora sobrantes los pasaba en su casa. Siempre fui muy cuidadoso, en todos los sentidos. Nuestros encuentros no iban más allá de lo estrictamente sexual. No hablábamos mucho. Nos servíamos mutuamente y nunca nos obligamos a nada.

Su mujer lo escuchaba asqueada, atónita, como en un sueño nefasto. También ella se había apuntado a ese gimnasio, pero todo quedó en la intención de acudir, no llegó a pisarlo. Por aquella época fueron muchas las ocasiones en las que bien entrada la noche engullía un bocado y se quedaba roque en el sofá. Durante los fines de semana tampoco se resarcían, a menudo el intento se veía truncado por algún contratiempo relacionado con los niños, por algún compromiso familiar o amistoso. Sólo en vacaciones, si se terciaba, reverdecían viejos tiempos. A veces ella había pensado si para muchas mujeres de su generación no habría sido el cansancio la insidiosa contrapartida por la independencia económica. Un cansancio perenne. ¿O se trataba de otro engaño más?

¿Nunca tuviste remordimientos?

Nunca, si te soy franco. Quizá por lo que te acabo de decir. Si de algo soy culpable es de no haber podido o de no haber sabido conformarme. De eso sí que me arrepiento. Y no me conformé porque la ocasión se presentó. Así de simple. En aquel entonces parecía una buena solución para mi desencanto, la encontraba útil. Y la verdad, tampoco me veía pagando por ello, como terminan haciendo otros.

¿Y por qué... por qué ahora?

No lo sé. Quizá porque creo que nuestra relación está ahora mucho más consolidada que hace ocho años. Creo que ahora tenemos una relación fuerte y sólida para aguantar una vieja grieta. O quizá ya me he cansado de llevarlo oculto tanto tiempo.

¿Cómo acabó?

Se juntó un poco todo. Y además me topé con la excusa perfecta. Una tarde del mes de mayo un tipo que dijo ser su ex estaba esperándome a la salida de la oficina y poco menos que me amenazó. No me gusta complicarme la vida en exceso, y menos cuando no es necesario. El fulano me dio mala espina, no me pareció un fanfarrón sino una de esas personas con pinta de estar lo suficientemente desesperadas como para poder llevar a cabo lo que dicen. A las pocas semanas ella se mudó a otro sitio.

La confesión había terminado. Ella no quiso preguntar más y él hizo ademán de tomar con su mano derecha la mano izquierda de su mujer, que reposaba en el mantel. ¡Cuánta torpeza junta!, pensó ella mientras, abrumada aún, revuelto el estómago, la retiraba con disimulo. A continuación se volvió en la silla, se dirigió a uno de los camareros y le dijo:

¿Nos puede traer ya la cuenta, por favor?